

Serenidad de equilibrista sobre el alambre

DECÍA BALTASAR GRACIÁN que no hay otro saber en el mundo como saber escribir una carta. Una taxativa afirmación que se confirma con múltiples y encendidas defensas del género epistolar a lo largo de la historia, y su correspondiente praxis. Vehículo privilegiado para la reflexión y el análisis, este género ofrece una ductilidad que da cabida a todos los registros del lenguaje imaginables, desde la pura crónica a la más honda palabra poética. No en vano define Rilke la carta como «la mejor forma de ejercitar el alma». Precisamente es esa quizá la necesidad más perentoria con la que tienen que convivir en especial los exiliados: la de ejercitar el alma para construir a través del lenguaje el fino hilo con que tejer unas vidas desgarradas por el destierro. El epistolario de Carmen Muñoz que nos ofrece Ediciós do Castro en su Biblioteca del Exilio es una buena muestra del especial valor de estos materiales para disponer de una historia más completa de nuestra cultura del siglo XX. A su valor documental se une, en este caso, el interés de descubrirnos a una autora que muestra a través de sus cartas una cuidada voluntad de estilo.

Carmen Muñoz es una pedagoga formada en la estela de la Institución Libre de Enseñanza, que participa en las Misiones Pedagógicas durante la República. Como «misionera» conoce al escritor gallego Rafael Dieste, y a los pocos meses se casan, uniendo su destino definitivamente con un amor que se adivina, a través de la correspondencia, afianzado en el mutuo respeto y la constante colaboración intelectual. La profunda confianza de Carmen en la trascendencia de la obra creativa de Rafael es arrolladora y al mismo tiempo la seguridad en su propio juicio crítico se manifiesta con sencilla naturalidad en sus comentarios tanto sobre la obra de Dieste como de otros amigos que les ofrecen sus obras para lecturas previas o ya publicadas. Desde la primera carta dirigida a Eduardo Dieste, el hermano mayor de Rafael, que ejerce como diplomático en diferentes países de América y es también escritor, se advierte la importancia que tendrá en su correspondencia este aspecto de crítica o reflexión literaria,

pues le dedica ya aquí un prolongado comentario al libro que él les envía, titulado *Buscón Poeta y su teatro. Recorrido espiritual y novelesco del mundo*. Además de la obra de Eduardo y del propio Rafael Dieste —de este último se puede seguir una crónica detallada de todo el proceso de gestación de los diferentes libros—, en el exilio americano mantendrá correspondencia continuada especialmente con dos escritores: la poeta uruguaya Ester de Cáceres y el mejicano Gabriel Zaíd, que había sido alumno de ambos en el Instituto Tecnológico de Monterrey.

Pero además este epistolario, que presenta 160 cartas escogidas por los editores de un corpus que supera las 400, construye una completa biografía individual y de grupo que puede erigirse en paradigma de la historia de los exiliados españoles de la Guerra Civil. Las cartas seleccionadas se inician en 1934, en plena juventud de los protagonistas preñada de proyectos creativos, y recorren con intensidad los años de la guerra, del largo exilio en Buenos Aires con escalas temporales en Monterrey y Cambridge, donde Rafael Dieste es contratado como profesor, y del problemático retorno a la España aún franquista que la pareja afronta con valentía en 1960. Especialmente entrañables, y por momentos incluso impresionantes, son las cartas de los años de guerra. A través de ellas encontramos un selecto grupo de artistas que luego formarían parte del grupo Hora de España y una nutrida nómina de gallegos conviviendo precariamente bajo los bombardeos de Barcelona. En el piso de Carmen y Rafael se van instalando amigos que llegan a la ciudad condal y allí se juntan el pintor Ramón Gaya con su mujer y su hija, Eugenio Granell y Otero Espasandín junto a otros visitantes esporádicos como Lorenzo Varela, Gil Albert o Sánchez Barbudo. Pero las cartas de la guerra, dirigidas sobre todo a los hermanos de Rafael residentes en América y dominadas por un tono esperanzado y desdramatizador, rematan con el terrible relato del viaje de huida hacia la frontera en compañía de Fe Gaya y su hija, que le envía a Rafael al campo de concentración de Saint Cyprien, viaje en el que su amiga muere prote-

giendo con su cuerpo a la niña bajo un bombardeo en Figueres y ella queda herida. A continuación, las cartas de Carmen, hospitalizada en París, a Rafael en el campo de concentración y luego en casa de los amigos franceses que le acogen mientras consigue la documentación para poder desplazarse por Francia, son un continuado poema de amor y, al mismo tiempo, testimonio fiel de la difícil situación de los refugiados españoles en el país vecino y de la precaria organización del gobierno republicano y de los diferentes partidos para gestionar la ayuda a los refugiados.

En estas cartas se encuentran también algunas profundas reflexiones sobre el sentimiento de exilio con frases excepcionalmente gráficas, como la que escribe a otro de sus ilustres alumnos mexicanos que viaja a España:

Ahora (...) puedes darte más cuenta de la enorme distorsión que significó en nuestras vidas el violento cambio de rumbo que sufrimos. Fue como quedar para siempre con parte de las raíces al aire.

En estos años se afianzan importantes amistades en Buenos Aires, de un grupo de artistas mayoritariamente gallegos: Luís Seoane, Comeiro, Laxeiro, Lorenzo Varela, Casal Chapí, etc. Y finalmente, se invierte la dirección de la correspondencia a consecuencia del regreso, pues entonces escribe a sus amigos esparcidos por el mundo, especialmente los que quedan en Buenos Aires, desde su discreta existencia en Rianxo, donde retoman el contacto con los amigos de Galicia, pero también se enfrentan con la ausencia de los amigos muertos y con la erosión del paso del tiempo sobre los recuerdos atesorados en la distancia. Sin embargo, frente a la amarga experiencia del regreso de otros exiliados, Carmen Muñoz impone siempre el fuerte timón de su tono esperanzado y reconstruye su vida laboral y social con una intensa fe en los caminos del destino.

María Xesús Lama López